

RESULTADOS DEL OCTAVO CONCURSO LITERARIO DE BIBLIOTECA MINEDUC 2022



1º Lugar: Luz Ximena Cabrera Gallardo. Coordinadora Regional de PEIB y Educación Artística. Depto. de Educación, Secreduc Coquimbo.



Mi Primer Día en el Domo del Descubrimiento

Hola, yo soy Rayen, vivo en una ciudad de la Tierra, donde aún quedan algunos árboles, el mar llega a las orillas de un cerro, los ríos que alguna vez fueron gigantes hoy corren como hilo de plata por las quebradas y las personas vivimos en comunidades, conectadas por internet. Sin embargo, todos los adultos han trabajado para mantener espacios de encuentros, porque dicen que las personas no podemos sobrevivir solas.

Mis padres me llevaban de la mano al Domo del Descubrimiento, pues ese día me presentaría a mis amigos por primera vez, aunque hacía meses que nos conectábamos por internet, pues el proceso de inducción para los novatos se hizo durante todo el verano.

Al llegar, nos detuvimos frente a una gran pantalla blanca. Con letras grandes y de un color verde profundo y brillante, recordando a la antigua Amazonas. Se proyectaba un letrero que decía: "Bienvenidos" e imágenes de todo el grupo se desplegaban por la pantalla, subían, bajaban, se desvanecían, era como una danza holográfica. En una puerta también gigante, nos esperaba una pareja de aprendices del último ciclo, para poner en nuestros cuellos nuestro signo de la Naturaleza.

En el centro del Domo había una larga mesa, con un mantel blanco, cuyas cuatro puntas tenían bordado un sol dorado, similar al que llevaba colgado en mi cuello. Todos mis amigos llevaban el mismo collar y los niños más grandes, llevaban collares con distintos elementos. Los de último ciclo, llevaban colgada una gota de agua.

Sobre la mesa, había cajas decoradas con colores verdes, azules y tierra, cada una tenía un nombre y me fui directamente a tomar la que llevaba grabado el mío. Al abrirla, fue grande mi sorpresa y mi sonrisa, pues contenía cajas de varios colores y tamaños. Todas ellas tenían un contenido distinto.

Días previos, al terminar la inducción, en mi Tablet yo había elegido mi Plan de Formación, considerando aquellas cosas que más me gustan y al abrir mi caja, todo me parecía interesante y desafiante.

Todo parecía una fiesta, cada uno de los aprendices nos fuimos presentando, luego los padres y finalmente los intermediarios del aprendizaje. Ahora, ya todos nos conocíamos y por lo tanto, el Domo del Descubrimiento tomaba vida con las risas, juegos, diálogos y sobre todo con el contacto entre las personas... dejábamos atrás las plataformas de conexión.

Como les había contado antes, nosotros elegimos nuestro propio Plan de Formación y yo había optado por el de Plan del Bien vivir y mis padres me ayudaron a elegirlo, porque la sociedad del mundo en que vivo necesita de personas sensibles, que sepan disfrutar y amar, cuidar nuestro planeta y a todos los seres vivos.

Como soy pequeña y esta es mi primera experiencia en el Domo del Descubrimiento, con mis amigos nos trasladamos al Círculo de la Exploración, luego al Círculo de la Experimentación y después al Círculo de la Creación y para ello, jugamos con las cajas que nos entregaron en el centro del Domo. nos acompañaron nuestros padres y los Facilitadores del Aprendizaje.

En los tres Círculos hicimos actividades para desarrollar la empatía, la solidaridad, autonomía y la creatividad para que al término del ciclo construyamos un espacio de reciprocidad.

Ahora el aprendizaje es un viaje, luego debemos continuar con el Círculo de la Artes y ahí vamos a vivenciar todos los lenguajes artísticos, siendo perseverantes, creativos, virtuosos y dádivosos. Seguiremos con el Círculo Inclusivo para convivir con otros pueblos, las diferencias y las culturas, acá desarrollaremos la tolerancia y el valor de los otros. Cada círculo busca fortalecer nuestro "ser humano".

La ciudad tiene muchos Domos del Descubrimiento para la niñez y en todos ellos los aprendices deciden qué Plan de Aprendizaje quieren desarrollar y cuando ya son adolescentes se van al Domo de las Potencialidades y ahí vivencian varias disciplinas, como las Ciencias, las Artes, las Historia, Astronomía, etc. Para luego trasladarse al Domo de las Especialidades y las Profesiones.

Al terminar el día, las familias nos reunimos en nuestros nidos y ahí les relaté todo lo que hicimos con los otros aprendices y el facilitador del aprendizaje.

Estoy emocionada, mañana iré al Círculo de la Vida y llevaré a mi perrito regalón, todos llevan sus mascotas para aprender a cuidarla, jugar con ellas y alimentarlas. Lo mismo haremos con las plantas y el agua. Debemos ser responsables con los seres vivos para salvar la tierra.

Mi abuelito nos cuenta que cuando era niño, era distinto y que no había Círculos de aprendizajes, que los Facilitadores se llamaban Profesores y que los Domos se llamaban escuelas. Que la ciudad era distinta, tenía más agua, más árboles, más de todo, pero nunca estaban felices... las personas no valoraban lo que tenían.

Yo no sé si era mejor la Escuela de mi abuelito o mi Domo del Descubrimiento, pero a mí me gusta sentirme libre cuando aprendo, compartir con todas las personas que están al interior del círculo y aprender tantas cosas para ser mejor persona. Me gusta que me acepten como soy y que me dejen trabajar con mis talentos. Cuando sea un poquito más grande, me iré al Domo de las Potencialidades y ahí voy a asistir sólo los círculos que más me interesan para prepararme para ser adulto y ayudar a mi ciudad.

Bueno, ya debo descansar para ir al Domo... hoy fui feliz haciendo cosas distintas, sé que mañana también será fantástico, porque ahora ir a la "Escuela", como dice mi abuelito, no es aburrido y tiene sabor a felicidad.

2° Lugar: Mireya Alejandra Ramos Jiménez. Coordinadora Regional de DPD Desarrollo Profesional Docente, Coordinadora Programa PACE y apoyo a la Coordinación de Convivencia Escolar. Departamento de Educación, SECREDOC Biobío.



Profe Lili

¿Cómo será la vida en la escuela en diez, cincuenta o cien años? Fue la pregunta que a viva voz les hizo la profesora de Lenguaje a sus estudiantes de séptimo, aprovechando un pequeño oasis de silencio que dejó escurrir su voz, en medio del bochinche de los niños durante los primeros minutos de la clase.

Lo cierto es que sí le interesaba contener la avalancha de emociones que traían los niños, con la vuelta a clases presenciales. Quería saber cómo se sentían al estar nuevamente todos juntos en la escuela, y reflexionar con ellos mismos si poner un punto seguido o tal vez un punto final a una historia que se había detenido durante dos años, pero que les daba el regalo de soñar o imaginar una escuela nueva que los incluyera a todas y todos.

Entusiasmados con la pregunta que les reiteró la profesora - ¿Cómo será la vida en la escuela en diez, cincuenta o cien años? - muchos comenzaron a esbozar historias que describían aquella escuela ideal, también se afanaron en escribir poemas que dieran curso a ese sentimiento de apego con su escuela; otros en cambio, pensaron que lo mejor era dibujar y para eso recurrieron a las series de animé u otras imágenes que les eran propias, pero que también las podían adaptar a una idea de escuela con múltiples colores. Por supuesto no faltó el que dijo - ¿es con nota profesora?, ¿...y si no se me ocurre nada, me voy a sacar un uno?

Siempre se nos puede ocurrir algo interesante - dijo la pequeña Constanza que estaba sentada junto a la ventana que proyectaba un haz de luz sobre la sala - y en tono pausado y con aguda inteligencia, continuó. - Profesora, en mi opinión, creo que una idea para pensar en la vida que tendrá la escuela en unos cien años más podría ser a través de historias o experiencias de adultos que también fueron niños alguna vez, por ejemplo, de nuestros abuelos, tíos o padres. Ellos nos pueden contar cómo fue su vida en la escuela, con lo dulce y agraz. Creo que el compartir esas vivencias puede ser muy significativo para construir una visión de futuro sobre la escuela que queremos y nos merecemos. Lo positivo de sus vivencias siempre será una luz en el camino de las generaciones que vienen; y lo negativo, se puede transformar en una oportunidad para mejorar y para no repetir.

Entonces - dijo Felipe - propongo que la profe Lili nos cuente cómo pasó su niñez en la escuela, cómo eran sus compañeros y profesores, qué recuerdos nos puede regalar para pensar en esa escuela ideal.

La profesora, sorprendida por aquella moción que había tenido eco inmediato entre todos los niños, accedió a la petición de sus estudiantes, justamente pensando en la reflexión de Constanza y Felipe, sobre las experiencias positivas que se pueden replicar y las experiencias negativas, que por dolorosas que sean, también sirven para saber lo que la escuela no debe reproducir.

Con algo de emoción contenida y el propósito pedagógico suficientemente claro, la profesora decidió narrarles a los niños una experiencia de su niñez en la escuela, no una ideal y ni de color de rosas. Lo cierto es que ésta era una experiencia para no olvidar y para no repetir y de cuya intención formativa esperaba que los niños aprendieran que, en primer lugar, la escuela debe ser un lugar donde se vivan y se respeten los derechos de los niños, sin imposiciones ni autoritarismo.

Y así comenzó a contar...

-Recuerdo que era una fría mañana de invierno del año 1977, yo era una niña de ocho años que cursaba cuarto básico, que gustaba de saltar pozas de agua en días de lluvia, así como leer la historia del rey Midas que todo lo que tocaba lo convertía en oro. También me gustaba pintar grandes soles amarillos que iluminaran el oscuro pozo del Sapete que se enamoró del sol; el cuento más tierno de mi niñez. De Marta Brunet, una de mis escritoras favoritas.

Todos éramos niños y niñas de escuelas públicas, la mía era la Escuela 9, otros eran de la Escuela 5. La mayoría éramos niños y niñas de caritas morenas, el color de la vulnerabilidad. Pero con el corazón lleno de sueños infantiles y deseos de dulces golosinas que le dieran sabor a nuestra sencilla niñez.

Acostumbrados a obedecer a nuestros profesores, sin cuestionar ni mucho menos resistirse a sus órdenes, a veces éramos obligados a desfilar en fechas importantes y con ello rendir pleitesía a ciertas autoridades; directores de escuela, alcaldes, carabineros, y hasta al mismo Augusto Pinochet cuando visitó nuestra comuna esa fría mañana. Oportunidad en la que el miedo y la complacencia se combinaron para recibirlo con toda clase de vítores. Sin considerar los sacrificios desmedidos a que nos sometieron a muchos niños, todo para demostrar sumisión y adhesión a un régimen que mientras era aplaudido por niños en un desfile, horrorosamente iba exterminando a padres, hijos y hermanos de muchas familias.

Aquella mañana nos tocó presenciar y vivir una tortuosa espera, un sin sentido para cientos de niños que estuvimos parados allí, horas de horas, como centinelas a la orilla de la calle esperando que pasara el General. El auto que lo llevaba, no se detuvo, no le vimos ni la cara, solo vimos cómo el paso de una sombra nos oscurecía a todos, nos humillaba y nos obligaba a aplaudir una caravana de autos y escoltas que pasaron a gran velocidad.

Vi el padecer de mis compañeros en sus caritas trémulas y en las rodillas de mis compañeras y mías, donde el frío inclemente se pintaba de color morado oscuro, como un funesto símbolo de lo que significa el autoritarismo, que a lo largo de esas horas nos fue petrificando el alma, y con ello apoderándose de la voluntad de nuestros frágiles cuerpos.

A mi lado estaban Susana Burgos y Mónica Núñez, dos de mis compañeras de curso. Casi no hablábamos, pero el castañear de sus dientes rompía ese extraño silencio, no sé si producto del frío o el temor. Al igual que ellas, yo me sentía atrapada y con los pies pegados al suelo, preguntándome por qué nos tenían en esa posición tan rígida y tensa, como palitroques en exhibición.

Recuerdo el inconfundible olor a jabón Popeye, ese que usábamos los pobres, y que se impregnaba en el lugar, salía de nuestros delantales blancos recién lavados para la ocasión. No se permitió llevar abrigo, pese al frío, y para no cubrir la blancura de nuestras almas y de nuestros delantales. Listos para aplaudir cuando nos ordenaran y enarbolar una pequeña bandera chilena, de papel, para demostrar una alegría forzada que nos hacía permanecer en esa realidad de sombras, sin saber por qué.

Fueron horas de larga espera que para muchos significó desmayarse de nervios o de hambre y ser sacados rápidamente para no enturbiar el momento; para otros, la imposibilidad de resistir al frío orinándose en la fila ante las miradas inquisidoras y coscorriones que les propinaban a mis compañeros más inquietos. Ni hablar de los que ya no controlaban nada en ese momento, ni siquiera su esfínter, defecándose en la fila, humillados y aterrados sujetando lágrimas de estupor, pero obligados a no perder la compostura, a permanecer erguidos, con sus banderas en alto y con sus delantales blancos ocultando uno de los peores atropellos a la dignidad de niños y niñas que fui obligada a presenciar.

Sin más, la profesora Lili terminó de contar. El silencio de los niños inundó la sala y con ello la elocuente respuesta a la pregunta inicial.

3° Lugar: Eduardo Moisés Pinilla Pacheco. Unidad Supervisión Deprov Curicó.



Concurso Literario - “Visiones del Futuro: Cómo será la vida en la escuela en 10, 50 o 100 años”.

Todos los agoreros de las postrimerías y apocalipsis del siglo veintiuno estaban equivocados... Un siglo después de que se iniciara el ciclo de las tres pandemias que diezmaron a la población mundial a la mitad, confirmó que no todo podía ser tan terrible.

Es cierto, las mortandades siguieron sucediendo y las acciones bélicas también. Eso de la inmortalidad sigue siendo una utopía, pero también se han resuelto grandes problemáticas luego de la cura a la amnesia crónica en el año 2033. Sin dudas uno de los mayores triunfos de la ciencia.

Pese a los avances y registros que existen de la historia humana, no fue fácil reconstruir la evolución justamente por las omisiones históricas, por las visiones contrapuestas de la realidad y obviamente por la amnesia crónica que condicionó el proceder de las civilizaciones. Ahora es fácil darse cuenta de aquello, pero cientos de generaciones padecieron una y otra vez las consecuencias de olvidar. Afortunadamente apareció el covid19 para impulsar la inflexión necesaria para sincerar la miseria en la que estábamos envueltos; sin dudas fue vital para alcanzar la tranquilidad que gozamos actualmente en el año 2104.

Antiguamente existía una frase de autocomplacencia que decía “todo lo pasado fue mejor”. Qué cita más nefasta para adornar una puesta en escena que hizo mucho daño por tanto tiempo a tanta gente. La realidad fue siempre más cruda que lo registrado por las plumas elitistas. Por ejemplo, en Chile la instrucción por mucho tiempo fue exclusiva y cuando dio atisbos generosos de masificación, fue violenta. Durante todo el siglo veinte fue habitual dejar de estudiar en la primaria por los correctivos extralimitados de algunos formadores. A finales de ese siglo algunas aulas aún mantenían entre su mobiliario asientos metal... estridentes animales de lata congelada que inmovilizaban las ganas de crecer. ¡Pero claro!... eso estuvo olvidado. ¡Qué bueno que lo hayan olvidado!... Nadie en estos años podría ni siquiera pensar que los profesores fumaban dentro de las salas de clases o que en los actos cívicos de los lunes alumnos se desmayaban por no haber tomado desayuno... y no por elección, sino por escasez... ¡Qué bueno que lo hayan olvidado!

Ahora ya sin amnesia y con muchas carencias resueltas, podemos afirmar que somos afortunados... que el ejemplo de la escuela no será más un triste recuerdo. No suena futurista, pero es toda una hazaña que la escritura formal se haya mantenido casi sin variaciones en las distintas lenguas. De hecho, gracias a ello podemos leer textos del siglo diecisiete y relatos actuales sin notar mayores diferencias. No podemos decir lo mismo en el tema de neologismos o en las abreviaciones y siglas, pero ya estamos en el siglo veintidós y se entienden perfectamente dichos procesos.

La gente del 2022 jamás se imaginaría que para este relato escrito no se necesita teclado, así como las personas en la antigüedad no vislumbraban el uso de la electricidad. Tampoco se imaginarían que el proyecto aulas interactivas de realidad virtual han funcionado bastante bien y con la obligación de que se mantenga la socialización en talleres de disciplinas clásicas, como la práctica deportes colectivos, la creación artística en todas sus disciplinas posibles y las reuniones de aprendizaje socioemocional, las que no pueden ser realizadas virtualmente salvo en situaciones realmente justificadas.

Para nosotros los contemporáneos del siglo veintidós es natural escribir y leer a “mano imprenta”, pero jamás nos enseñaron u obligaron a escribir a “Manuscrita”. Es extraño, pero lo hecho a pulso, las manualidades o lo artesanal me genera algo que no puedo explicar. Me siento más conectado con el mundo que está funcionando de manera muy estandarizada y correcta, pero como que necesito esos gestos análogos más que digitales.

Qué intrincado es el cerebro, pues como que nunca queda conforme. Sé que con las viejas pantallas o monitores de ultra y alta definición, vibraban las personas con la supuesta nitidez de las imágenes. No se imaginan la nitidez actual ni cómo son las sesiones escolares de realidad virtual... que en este caso sí son casi realidad. Creo entender a muchas generaciones pasadas que a pesar de los avances que vivían, igual la tendían retornar a lo “vintage” a la factura y ruido de lo antiguo... a lo añejo... a rescatar la suciedad o lo poco nítido del pasado.

A veces pienso que me gustaría conocer algunas de esas realidades vividas en el siglo veinte. No me refiero por ejemplo sólo a sentarme en esas sillas de metal, sino en cómo se sorteaban dichas situaciones. Quiero cerrar los ojos, visualizar a mi abuela tejiendo la funda colorida, llena de pétalos de lana para cubrir un cojín ochentero de uso escolar. A veces quiero eso, pero no quisiera nunca tener que olvidar.

Mención Honrosa 1: Mauricio Edmundo Bello Bórquez. Supervisor de Educación Media. Deprov Osorno.



La escuela en 100 años.

Vienen de lejos, traen letras y manchas de tinta en sus manos, Sus neuronas amarillas cubren las fosas nasales de las bestias hambrientas.

Algunos días hace frío, pero sus lámparas de cera iluminan los dinteles de las escuelas del sur y norte de Chile.

El edificio abre sus ventanas de aluminio y los niños entran con sonidos extranjeros, no portan más que sus cápsulas lunares, un puñado de flores secas y agua de pozos oscuros.

Juegan en círculos escuchando historias de ancianos y ancianas, mientras la música perdida se escucha detrás de las paredes. Todo huele a libros antiguos y por las calles del frente pasan marchando los liberados del odio. Llevan una escuadra de madera, con ellas trazan mapas de un mundo nuevo y tejen con hilos rojos el mantel para la comida con higos.

A veces gritan cuando descubren las llaves del mundo nuevo, todos juegan alrededor de una mesa de naranjos, allí no hay lápices ni cuadernos, todo lo que está ahí son hojas venidas de algún lugar de América. Territorio de los árboles dorados y hojas de tierra.

Luego de sus proyectos salen a buscar los elementos iniciales, las letras puras y el himno de la fraternidad. Ya no hay dolores de látigos ni de pizarras verdes. Ahora todo es un círculo. Todo es universo cabe dentro de la escuela. Los haitianos traen sus esteras, los bolivianos sus maderas, los cubanos sus frutos y los demás habitantes traen sus lápices de colores y acuarelas.

Ahora que es hora de bajar al pueblo, solo llevan sus collares de colores, sus sandías y melones, cantan mientras los caballos se detienen para que crucen las avenidas hacia un sol que nunca muere. Se marchan sin tareas y solo llevan una letra A en su solapa. Parten hacia la eternidad de sus trabajos, hacia un mundo de auroras.

Mención Honrosa 2: Verónica Cristina Moreno Durán. Encargada de archivo y gestión documental. Administración secretaria Ministerial Región de Antofagasta



Los libros de Benjamín

Claudia se disponía a preparar la cena de Benjamín, cuando la pantalla táctil del refrigerador se encendió indicándole una alerta: su hijo no había dado confirmación de lectura a una retroalimentación sobre su última prueba de física...

-Benjamín!!! Gritó ella, llegó una notificación, ¡¡¡¡¡hazlo enseguida y no es negociable!!!!
-Mamá estoy jugando en línea con los niños, estamos a la mitad del partido, respondió él
-No es negociable!!! Repitió Claudia
-Mientras se sacaba los lentes de contacto de realidad virtual, Benjamín se disculpó: cabros denme cinco minutos...

Benjamín tenía una pauta de alimentación personalizada: su historial médico, desde que nació, se encontraba on line para que el Ministerio de Salud, lo categorizara de acuerdo con su tipo de salud, entonces su madre sabía desde el inicio a que alimentos era alérgico, cómo se encontraban sus niveles y que comida le ayudaba a su concentración. Claudia recordaba cuando ella, en su niñez, la alimentaban sin supervisión y muchas veces cometiendo errores, en esos años la medicina no era integrativa y aún no estaba completamente conectada la red Ministerial que permitía tener acceso a su ficha médica on line. En el caso de Benjamín esto era distinto, por ende, su cena basada en alimentos ricos en vitaminas y muchos vegetales se encontraba lista. Claudia lamentó tener que interrumpirle su juego nuevamente, pero de acuerdo con los lineamientos tampoco Benjamín podía jugar más de 30 minutos al día y posiblemente estaba por cumplirse el plazo.

La casa estaba conectada, hace años se podía acceder a las redes incluso desde la mesa del comedor: pero hicieron un acuerdo tácito que consistía en apagar el dispositivo mientras cenaban.

Cuando se sentaron, Claudia le preguntó a Benjamín si había realizado su confirmación de lectura y el niño respondió que sí, el colegio sugería realizar en forma paralela a su ramo, una conversación guiada con un psicopedagogo para determinar que le impedía a Benjamín terminar de asimilar el ramo. En Chile los niños estaban evaluados por el Ministerio de Educación desde el momento de su nacimiento: en la red convergían sus datos de salud, sociales y educacionales desde la primera infancia. No existía un tipo de alumno, existían muchos y el programa de Gobierno se basaba precisamente en fomentar las fortalezas de los alumnos para coordinar el aprendizaje desde ahí, por ejemplo, en las evaluaciones de Benjamín se pudo determinar que tenía muchas habilidades lectoras y todos sus ramos eran aprendidos por él desde un método especialmente creado para ese tipo de niños.

Lo anterior tranquiliza a Claudia, le permite trabajar tranquila sabiendo que la educación personalizada que recibe Benjamín le permitirá realizar sus estudios de forma completa y eficiente, sin perder vivir una niñez normal, como todo el mundo.

Hace años que el colegio, es totalmente virtual, el Ministerio cuenta con un edificio gigante en cada ciudad donde hay disponibilidad de recursos para quien lo necesite: terminales conectadas donde ingresas con tu autenticación personal y puedes realizar tus clases si en tu casa no existe el espacio suficiente, o simplemente para poder salir un rato, el currículum escolar define horas de conexión y respuesta, no jornada escolar como antes, entonces los niños aprenden de pequeños administrar su tiempo de la forma que les acomode sin que el colegio sea una imposición sino más bien una tarea que deben realizar. Los padres están informados en todo momento y pueden acceder desde las terminales a informes automáticos de progreso, aunque el algoritmo es capaz de chequear si la curva de aprendizaje de Benjamín o cualquier otro niño no tiene el ascenso esperado, así se puede integrar otros recursos de manera de asistir al alumno de forma automática. Hace muchas décadas que los niños no se evalúan con notas.

Benjamín y Claudia comparten una actividad antigua en su casa, a pesar de la tecnología presente en el país, Claudia heredó de su abuelo muchos libros, antiguos, y ambos se sientan algunas tardes a leer y a olerlos, a tocar con sus dedos esas letras impresas y esos dibujos que Benjamín logró replicar en 3D con su impresora. Se dice que hace muchos años en Chile las personas no tenían acceso a libros digitales, que aprendían a leer en formatos impresos y aprendían a escribir con tubos que contenían tinta y pintaban las letras en el papel... a Benjamín le encanta escuchar esas historias: de niños usando la misma ropa, levantándose temprano y dirigiendo sus pasos a edificios que llamaban "colegios" donde aprendían lo mismo, todos juntos, sin distinción, donde no habían máquinas, ni programas sino personas que se dedicaban con su voz, a enseñarles, le parece increíble...